

CAPÍTULO SEIS: CAMINANDO SOBRE EL AIRE*
POR DEBORAH CURTIS

Nos dimos cuenta de que ya no había vuelta atrás. Ian era EPILÉPTICO. Al principio, hablaba sin tapujos sobre el tema, pero su actitud cambió rápidamente. Pensé que había comenzado a acostumbrarse a un estilo de vida nuevo, más responsable, pero en realidad se había vuelto retraído y temperamental, y se mostraba reacio a hablar de cualquier cosa que no fuera lo estrictamente necesario o lo más trivial del mundo. Daba la impresión de que mi optimismo y mis ganas de seguir adelante lo ofendían. Sin embargo, yo estaba decidida a que nuestras vidas volvieran a ser normales. Ian se suscribió a la British Epilepsy Association, pero era yo quien leía los folletos y las revistas que enviaban. Estaban llenos de consejos sobre cómo llevar una vida normal, cómo cuidar de niños epilépticos, casos médicos, descripciones de salidas y vacaciones. Además, trataban los problemas típicos que sufren los epilépticos: cómo lidiar con la actitud de los demás ante la enfermedad, cómo conseguir un trabajo, etc. Brindaban información sobre prácticamente todo lo que uno necesitaba saber. Sin embargo, no hacían mención alguna de los problemas que un epiléptico puede causarle a su familia, ni la depresión u otras dificultades conductuales propias de los adultos enfermos. Bernard Sumner sabía de la personalidad maniaca de Ian: su estado anímico fluctuaba a veces entre una cortesía exagerada y ataques de furia ciega. Cuando comenzó a tomar la medicación, esos cambios anímicos se hicieron más extremos. Durante un segundo se sentía feliz y al siguiente tenía ganas de llorar. Bernard llegó a pensar que las pastillas lo angustiaban más que la epilepsia misma.

«Creo que había algo especial en Ian. Ya sé que todos dicen lo mismo, pero yo lo digo en serio. No puedo dejar de pensar eso... Realmente creo que fueron las pastillas las que lo mataron. Lo digo en serio. Sé que es verdad». Bernard Sumner

A medida que avanzaba mi embarazo, me di cuenta de que no estaba durmiendo lo suficiente. Me quedaba despierta hasta tarde para esperar a Ian. Después de cada recital, no podía dormirse hasta tener un ataque. Quedarse sentado y esperar el próximo episodio se convirtió en una especie de ritual para él. Tenía miedo de morirse durmiendo, como (según me contó) le había pasado a una de sus solicitantes, que también sufría de epilepsia y se había ahogado mientras dormía. Con frecuencia caía en una crisis de ausencia, durante la cual se quedaba inmóvil, aparentemente inconsciente de lo que lo rodeaba. Lo veía sentado al borde de la silla, con un Marlboro encendido colgando de sus labios. Como era mucho más alto que yo, me sentía bastante impotente. Durante esos minutos, lo único que podía hacer era asegurarme de que no se lastimara. Solíamos quedarnos despiertos en la cama escuchando su respiración, a la espera del cambio de ritmo que anunciara un episodio. Era como si esos ataques le aseguraran que no sufriría otro cuando estuviera durmiendo.

*** FRAGMENTO EXTRAÍDO DE TOUCHING FROM A DISTANCE, DOBRA ROBOTA EDITORA, 2017**